

Europa: Alta y baja edad media

En el año 1050 aproximadamente, Europa estaba entrando en un periodo de grandes y rápidas transformaciones. Las condiciones de la vida material que produjeron estos cambios aún no están del todo claras, aunque las siguientes causas se pueden citar con seguridad: el largo periodo de emigraciones germánicas y asiáticas había terminado y Europa disfrutaba de un nivel de población estable y continuado, había comenzado e iba a continuar una expansión de la población de proporciones sorprendentes. La vida urbana, que nunca cesó del todo durante los siglos anteriores, experimentó un notable crecimiento y desarrollo, y por ello rompió la tendencia medieval hacia la autosuficiencia económica. La economía y el comercio, en particular en las tierras mediterráneas de Italia y el sur de Francia y en los Países Bajos, se incrementó en cantidad, regularidad y extensión. En la península Ibérica, los incipientes reinos cristianos del norte iniciaron una larguísima guerra contra las sucesivas invasiones almorávides y almohades, en una reconquista que se prolongó durante siete siglos.

Fermento y crecimiento intelectual

A la vez que la economía europea se hacía más compleja, las instituciones sociales y políticas también se diversificaron. En cada rama de los asuntos públicos —gobierno local, administración de justicia, regulación del comercio y el desarrollo de las instituciones educativas necesarias para proporcionar personal a cada administración de acuerdo a su reglamentación— apareció una estructura similar en complejidad y desarrollo.

Los nuevos imperativos de esta compleja vida social produjeron un fermento intelectual sin precedentes en la historia europea. Este fermento, presente en todas las esferas de la ciencias, ha terminado siendo conocido como el renacimiento del siglo XII. Las leyes eclesiásticas y seculares se sistematizaron, discutieron y cuestionaron como nunca antes. La retórica y la lógica se convirtieron en objeto de examen por derecho propio y dieron lugar a investigaciones de la cultura clásica, olvidada durante mucho tiempo. La doctrina teológica fue explorada y promovió nuevos métodos de crítica. Entre tanto, en Córdoba, capital musulmana, se produjo un notable sincretismo religioso y cultural, ya que en esta ciudad convivieron durante siglos musulmanes, judíos y cristianos en paz y armonía. A través de Córdoba, Europa conoció la filosofía griega y la literatura clásica, gracias a las traducciones árabes y a la escuela de traductores de Toledo; también gracias a ellos la medicina, la astronomía y las ciencias antiguas y modernas penetraron en el continente. Los árabes transmitieron a Europa las matemáticas, e introdujeron productos como el papel, el arroz y la caña de azúcar.

Todo ello favoreció el que los europeos occidentales comenzaron a pensar en sí mismos de una nueva manera, un cambio que se reflejó en las innovaciones en las artes creativas. En literatura, la lírica amorosa y el romance cortés aparecieron en las lenguas vernáculas emergentes, y tuvo lugar un brillante resurgir de la escritura en latín. La pintura y la escultura dedicaron nueva atención al mundo natural e hicieron un intento sin precedentes de representar extremos emotivos y vitales. La arquitectura floreció con la construcción, a lo largo de rutas de peregrinaje por las que se viajaba frecuentemente, de iglesias en un estilo que combinaba materiales y técnicas grecorromanas con una estética totalmente nueva.

También hubo cambios de gran alcance en la vida espiritual. En el siglo XII se establecieron nuevas órdenes religiosas, como la orden cisterciense (que intentó purificar las tradiciones del monacato benedictino) y las órdenes de los frailes mendicantes, que procuraron ajustar el ideal monástico a la nueva vida urbana. En todas ellas era frecuente un nuevo sentido de piedad individual, basado no en el ritual, sino en la identificación individual con el sufrimiento de Cristo. El desarrollo del culto a la Virgen María, una figura relativamente poco importante en los siglos precedentes, tuvo un espíritu similar.

Evolución política

Al mismo tiempo, los pueblos se empezaron a identificar a sí mismos como miembros de grupos y comunidades con intereses distintos a los de sus vecinos. Los hechos políticos del periodo tuvieron una relación íntima con estas nuevas identidades.

Uno de los hechos más importantes fue el rápido ascenso hegemónico de los normandos. Descendientes de los vikingos que se establecieron en el norte de Francia durante los siglos IX y X y convertidos en feudatarios del rey de Francia, los normandos entraron en escena en la historia europea en 1066, año en que tuvo lugar la batalla de Hastings, mediante la que conquistaron Inglaterra bajo el mando de Guillermo I el Conquistador, quien aseguró su conquista con un programa de reasentamientos intensivos; los normandos, cuya lengua era la misma de los francos, se convirtieron en la clase dirigente de Inglaterra, unida a Guillermo por las concesión de tierras y las obligaciones feudales. Esta feudalización política sistemática y la imposición de otras instituciones normandas llevaron a Inglaterra a la principal corriente del desarrollo político y social del continente. El hecho de que el

duque de Normandía (un feudo dependiente del rey de Francia) fuera también rey de Inglaterra, convirtiéndose así en un personaje de igual posición y más poder, ilustra la creciente complejidad del mundo europeo. El conflicto político, y con él la idea del Estado como institución autónoma, fue inevitable.

En los territorios germánicos e italianos del Sacro Imperio Romano Germánico, la nueva actividad del Papado como un órgano de gobierno real entró en conflicto con el poder del emperador en una maraña de sucesos conocidos colectivamente como la querrela de las investiduras. Durante el primer periodo del Imperio no se había hecho una separación estricta en teoría o en la práctica entre los campos eclesiástico y político. Desde el momento de la alianza histórica de los carolingios con el Papa, el emperador ya no se consideró únicamente una figura secular. De la misma manera, los obispos eran poderes seculares por derecho propio, consejeros o siervos feudales de reyes y emperadores. No se cuestionaba que el poder secular debía tener parte en la elección de obispos y tener una presencia activa en la coronación o investidura episcopal. Precisamente esta práctica provocó la lucha cuando el Papa Gregorio VII declaró la primacía de la Iglesia en la elección y consagración de sus propios funcionarios.

El resultado más importante de la controversia fue que cuestionaron todas las relaciones entre Iglesia y Estado. Dentro de la teología, el derecho y la teoría política, el Estado, como entidad secular, fue examinado críticamente, al igual que la Iglesia, no sólo como comunidad de devotos cristianos, sino también como una aristocracia administrativa de obispos al servicio del Papa. A finales del siglo XII la Iglesia se convirtió en un gran poder político europeo junto a los distintos Estados seculares emergentes.

La unidad cultural

Las fuerzas materiales y culturales liberadas en el siglo XII prolongaron su impacto durante los siguientes 200 años. Europa se había convertido en una unidad cultural, por la que se expresó de forma institucional lo que era el pensamiento de la Iglesia cristiana. Esta unidad se reflejó con más claridad que nunca en una serie de expediciones militares (las Cruzadas) en las que se pretendía arrebatarse al Islam los lugares santos cristianos de Oriente Próximo. La jerarquía de la Iglesia predicó en favor de las cruzadas, que consiguieron el apoyo de las nuevas órdenes monásticas, para las que el 'peregrinaje militar' representaba el camino a la salvación individual y

colectiva. La idea de la guerra santa, sin embargo, rebasó las divisiones sociales y atrajo tanto a la aristocracia guerrera tradicional como a los campesinos, las nuevas clases de artesanos y los trabajadores de las ciudades surgidos por el crecimiento de la sociedad urbana. En la península Ibérica, la tolerancia tradicional entre musulmanes, judíos y cristianos vivió épocas de crisis y, conforme se extendían los reinos cristianos hacia el sur, los monarcas y la Iglesia tuvieron que intervenir con frecuencia para apaciguar los ánimos populares, que achacaban a los judíos, incluso a los conversos o 'nuevos cristianos', la culpa y responsabilidad por todos los desastres. Se estaba incubando la más grave crisis de identidad nacional, origen de la Inquisición y de la expulsión de judíos y moriscos, ocurrida a finales del siglo XV y del siglo XVI respectivamente.

La creciente intolerancia hacia las poblaciones no cristianas dentro y fuera de las fronteras de Europa tuvo la misma importancia como expresión de la unidad cultural cristiana. El islam, el enemigo infiel de la lejana Jerusalén, también era el enemigo en las fronteras, y en Sicilia siglos de intercambio comercial e intelectual llegaron a su fin. También en el periodo comprendido entre los siglos XII y XIV la intolerancia hacia los judíos que se habían establecido en toda Europa se extendió y se hizo más virulenta. Decretos punitivos restringiendo el asentamiento y la colonización judías coincidieron con atrocidades y motines en masa contra la población judía, y se establecieron las bases del antisemitismo ideológico: los judíos, como criaturas extrañas y demoníacas, envueltas en conspiraciones internacionales y culpables de la muerte ritual de niños cristianos, entraron en el folclore de la imaginación europea. Finalmente durante esta época hubo un aumento de las herejías, una expresión de la inquietud intelectual y social de la época, y de los esfuerzos políticos y militares en destruirlas, que se reflejaron sobre todo en la cruzada al sur de Francia contra la herejía de los albigenses.

Así pues, la unidad cultural europea no estuvo libre de conflictos. Al contrario, estuvo en un precario estado de equilibrio, y sus elementos, en continuo desarrollo, inevitablemente entraron en conflicto unos con otros en los siglos siguientes. Los pueblos y ciudades continuaron su crecimiento económico y demográfico. En Italia, Inglaterra y los Países Bajos comenzaron a luchar por la autonomía política. La lucha fue particularmente cruel en Italia, donde las ciudades se encontraban entre los conflictivos diseños políticos del Imperio y el Papado. También fueron destacadas las luchas internas entre distintos grupos sociales urbanos. Como resultado, se

intensificó el pensamiento político y social que hoy día se llama humanismo, mientras el pueblo intentaba articular sus propias posiciones.

El ascenso de la conciencia nacional

La lucha general por la supremacía entre Iglesia y Estado se convirtió en una constante de la historia europea. En los siglos XIII y XIV la unidad cultural europea fue desafiada en toda Europa por intereses locales, regionales y nacionales. Esto se manifestó en el incremento real del poder del rey de Francia y en su enfrentamiento con el rey de Inglaterra, en teoría su inferior. También se evidenció en la esperanza, incluso en ausencia de cualquier poder unificador potencial, de una Italia independiente del Papa y el emperador, y libre de luchas cívicas y territoriales. En todo Occidente se vivía un sentimiento de renovación, expansión y descubrimiento. En la península Ibérica, acabada la reconquista en 1492, con la toma de Granada por los Reyes Católicos, se aseguraba la unidad territorial y se establecía el primer Estado en el sentido moderno del término, del mismo modo y simultáneamente a lo que ocurría en Francia e Inglaterra.

La conciencia nacional y regional, así como la desarrollada en las ciudades, el crecimiento continuo del comercio dentro de Europa y hacia Oriente, la extraordinaria creatividad intelectual y artística del renacimiento y la confusión y conflictividad social fueron algunos de los rasgos del final de la edad media. Incluso la terrible aparición de la peste negra, a mediados del siglo XIV, y su periódica reaparición no alteraron fundamentalmente estas tendencias.

Ningún suceso aislado puede exponer mejor la inquietud de este periodo que el primer viaje de Cristóbal Colón, en el siglo siguiente. Espoleada por la rivalidad nacional y el interés comercial en abrir nuevas rutas comerciales hacia el Oriente, la Monarquía Hispánica costeó las especulaciones del navegante y mercader veneciano. El rey portugués, Enrique el Navegante, había rechazado los planes de Colón, por lo que éste se dirigió a la Corte española, donde Isabel la Católica, tras vencer muchas dudas, y buscando apoyo económico ajeno, financió la expedición de Colón. El resultado fue inesperado. Había un nuevo mundo al Oeste. Los horizontes se ampliaban y el mundo físico y material se había convertido en un objeto de curiosidad intelectual. Europa estaba lista para aumentar el escenario de sus operaciones. El 'encuentro' de las nuevas tierras con Occidente ocurrió en un momento crucial para España. Terminadas las guerras de reconquista, expulsados los hispanomusulmanes y coincidente con la salida de los judíos que no aceptaban ser cristianos, los reyes de España vieron en los descubrimientos y posterior conquista la mejor manera de dar una salida

natural al impulso expansivo y a las energías acumuladas en las guerras peninsulares.